

TODA LA VIDA...

RAFAEL ISAACS G. (*)

Diez años después mi padre me confesaría que cuando él me escuchó decir que había decidido estudiar matemáticas pensó para sus adentros “Me va a tocar mantener este muchacho toda la vida”. Si embargo me apoyó abiertamente porque respetaba nuestras decisiones y además había tenido en su juventud algún contacto con el mundo de la ciencia en la Alemania de la preguerra. Mi madre, mucho más pragmática, exclamó espontáneamente “Pero mijo, ¿quiere ser un profesorcito toda la vida?”.

Yo por mi parte, no sabía qué era ser matemático, me parecía una carrera sofisticada, cuya admisión era relativamente fácil y que me podría servir de puente para estudiar ingeniería.

Entré entonces a la agitada Universidad Nacional post-Camilo Torres buscando que la vida me mostrara una luz para seguirla, pero la matemática no era mi carrera “para toda la vida”. No me fue mal, mejor, me fue muy bien en los primeros estudios interrumpidos por paros y manifestaciones en donde parecía que se estaba a un paso de la toma del poder y de crear el paraíso socialista de los trabajadores.

Cuando a la novia de amores profundos y caóticos le conté mis planes para ser ingeniero, recibí un franco regaño: ella no entendía, cómo alguien que encontraba un arte para el cual tenía talento y por el que sentía gusto, pudiera abandonarlo por nebulosas pretensiones arribistas. Nunca he olvidado que Alvaro López Toro, el padre de la novia de amores profundos y caóticos, nos dijo alguna vez que nos sintió muy relajados: “Si ustedes no estudian matemáticas en serio, se van a quedar toda la vida enseñando $\sin^2 x + \cos^2 x = 1$ ”.

(*) Texto correspondiente a la Conferencia presentada por el autor en el Departamento de Matemáticas de la Universidad Nacional de Colombia el 3 de octubre de 2001, en el marco de la celebración de los 50 años de la Carrera de Matemáticas.

Rafael Isaacs G., Departamento de Matemáticas y Estadística, Universidad Industrial de Santander.

En mi concepción del matemático fueron importantes, además de Alvaro López Toro, los aportes de mis primeros profesores Luis Moreno, Rafael Mariño, Shirley Bromberg, George Kemel, Manuel Vinent, Alonso Takahashi y Clara de Takahashi.

Los planes de ser ingeniero se esfumaron y en medio de obras de teatro, grupos de estudios marxistas, poemas trasnochados, trabajo en barrios populares, amores frustrados, lecturas maoístas, canciones de Bob Dylan y fiestas con “brumas de opio y aromas de café” iba cogiendo destreza y gusto por las demostraciones rigurosas, por las estructuras abstractas, por la resolución de problemas y me fui convenciendo de que en la matemática yo podría ser creativo.

Entonces la matemática fue convirtiéndose en una puerta atractiva que tenía a mi disposición, para abrir en el momento adecuado. Pesaba sin embargo mucho que no viera su aplicación al “análisis de la situación concreta en la realidad concreta”.

Debo comentar mi visión actual acerca de la manera como se impartía la enseñanza en esa época: un profesor típico se preocupaba por el discurso riguroso, una sucesión de definiciones, proposiciones y demostraciones, donde la relación con la intuición se ocultaba intencionalmente. Se hacía mucho énfasis en la independencia de las estructuras matemáticas de cualquier realidad “concreta”, una presentación que no tenía en cuenta la génesis de la creación matemática. Creo que esto fue un problema de la época: demasiada influencia del grupo Bourbaki.

A mitad de carrera tuve una crisis amorosa, existencial e ideológica, que intenté resolver dejando todo por un tiempo (y con el leve temor-esperanza de que cerraran la universidad ese semestre). Cuando volví, cayó Allende en Chile y yo había decidido que iba a ser matemático. Conocí entonces a Carlos Ruiz, que reafirmó mis concepciones sobre la matemática como actividad lúdica y artística, rescatando la génesis de la creación matemática sin desconocer el rigor.

Conocí también un poema de León de Greiff que me mostraba un espíritu para abrazar mi profesión:

Yo señor soy acontista...
 Mi profesión es hacer disparos al aire.
 No habré descendido la primera nube,
 mas la delicia está en curvar el arco
 y suponer la flecha donde la clava el ojo.
 Yo señor soy acontista...

Por otra parte, mientras asistía a Cursos de Filosofía de la Matemática con Carlos Vasco y sobre La Fenomenología del Espíritu de Hegel con Pérez Mantilla, hice mi primer curso de Lógica Matemática con Jesús Hernando Pérez “Pelusa”. Ante la novela de la lógica dialéctica me decidí por la lógica formal.

Y me gradué casi sin darme cuenta... Ya dictaba clases en varias instituciones y me pasaba el día en busetas... Claro, una posibilidad era hacer un posgrado ojalá en el extranjero, pero compromisos familiares, ciertos miedos y ciertos vientos me llevaron a Bucaramanga. Entonces y todavía los matemáticos éramos escasos especialmente en la provincia. No sé por qué (si lo sé, mas no lo digo...) los matemáticos de la Nacional éramos considerados los monitores de Takeuchi, indudablemente el matemático más conocido en la provincia por sus libros muy populares.

El ambiente en principio muy amable lentamente se descubría hostil. Los compañeros del departamento de matemáticas de la UIS, en su mayoría ingenieros, estaban fundamentalmente preocupados por conseguir “piratas”, una actitud que le ha hecho mucho mal al gremio en todo el país. La revista de Takeuchi “Matemáticas, enseñanza universitaria” nos fue muy útil en los primeros años para no dejarnos atrapar por el microcosmos. La matemática, por la misma concepción tecnológica de la universidad, no se veía como una disciplina con autonomía propia, sino como una herramienta para el desarrollo de la tecnología y otras ciencias. ¡Me tocaría estar toda la vida repitiendo “ $\sin^2 x + \cos^2 x = 1$ ”! Existían lo que Yu Takeuchi llama “Caciques matemáticos de provincia”, profesores que con alta reputación debida a su capacidad para resolver integrales muy complicadas o ecuaciones diferenciales de cualquier texto que circulara en el medio, decidían quién debía dictar y qué cursos.

El ser acontista en la provincia se presentaba aún más difícil. Uno por otra parte, se acostumbraba al descompleje de la ciudad pequeña e iba creando amores que lo aferraban al nuevo terruño sin dejar de añorar el clima cosmopolita de Bogotá. Porque el espíritu provinciano, que se vive también en las metrópolis, consiste en no tener visión sino para una vecindad muy cercana a su parroquia. Consecuentemente la matemática del siglo XX no tenía lugar si no se iba a enseñar en las carreras de ingeniería y administración de las nuevas universidades privadas que aparecían por la región. Existe la concepción del profesor, que no necesita para dictar sus clases nada más que lo que aprendió en sus carreras, que cuando acaba su curso, llega al abismo de su ignorancia. Se puede dedicar a dictar y dictar clases, casi siempre las mismas materias de las que llega a ser experto arrogante. En la provincia esa concepción puede ser, y casi necesariamente es, la predominante. Sin embargo se descubre que allí donde el universo se vuelve tan estrecho, donde el tiempo se mide por el flujo de chismes, donde las razones para vivir sin vegetar, para romper la inercia son tan esquivas, allí el papel del matemático activo y creativo, puede cambiar calladamente la concepción de vida de muchos. Aporte valioso en estas tierras ásperas y rudas, fértiles para la aventura y la violencia.

Con la ayuda de la SCM y de profesores visitantes o que volvían de sus comisiones de estudios, se ha ido ganando cierto respeto hacia la matemática

entendiendo que si bien nuestra labor necesariamente se centraba en la enseñanza, la misma docencia y las aplicaciones no tenían sentido ni posibilidades, sino en cuanto se hiciera matemática, se mantuviera un espíritu de discusión y estudio, sin caer en el peligro de creerse un “Sabio de Provincia” porque puede contar y hablar muchas cosas que nadie más domina en la pequeña vecindad. Temas como los números transfinitos, las diferentes topologías de los reales, las extensiones de los campos, las geometrías finitas y de transformaciones, la métrica de Hausdorff y la teoría de la dimensión, fueron además de ser sofisticados y raros, puentes que lo comunicaban con un mundo más trascendental. Y las matemáticas que discurren entre lo global y lo local son universales y atemporales, en ellas no hay estratos, ni clases altas y bajas, no hay lugar a los chismes e intrigas y por esto su aporte a la sociedad convulsionada que vivimos, y más aún a la provincia, aunque naturalmente sutil, puede ser trascendental.

Yo, dedicado esencialmente a la docencia, con muchas inquietudes, siempre vivas aunque a veces dormidas, por la investigación-creación, nunca he dejado de ser un estudiante de las matemáticas y sé muy bien que la vida no me alcanzará para retribuirle a las matemáticas, todo lo que ellas me han dado. Toda la vida.